

LA ESCENA

REVISTA ILUSTRADA DE TEATROS Y LITERATURA

EDITOR PROPIETARIO:

NICOLÁS GONZALEZ

PRECIOS DE SUSCRICION

En toda España, trimestre, 1,50 pesetas.—Extranjero y Ultramar, 2 pesetas.
Los pedidos de suscripciones se dirigirán a su Editor, no sirviéndose los que no envíen su importe adelantado.

PUNTOS DE SUSCRICION

EN MADRID.—En la Relación y Administración, calle de Silva, núm. 12, imprenta: "La Esfera".—EN PROVINCIAS.—En las librerías y casas de nuestros Corresponsales.

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS.

DIRECTOR:

ANTONIO R. GARCIA-VAO

EDUARDO BERGES

Lamentábase muchas veces nuestros poetas y maestros de la escasez de artistas para la interpretación de sus obras, y á ello atribuyen con frecuencia las derrotas y equivocaciones que sufren en la escena. Sin negar la fuerza que en ocasiones determinadas puede tener esta falta de intérpretes adecuados, que constituye un verdadero obstáculo para la inspiración y espontaneidad de los libretos y partituras, nosotros vamos á ofrecer hoy, aunque á grandes rasgos, el boceto de un distinguido cuanto modesto cantante, que por ser el que sostiene dignamente las tradiciones de la lírica española, interpretando fiel y constante las obras salientes del repertorio de la zarzuela, forma por sí solo el argumento más concluyente en contra de los pesimistas que achacan los fracasos á la falta de artistas, en vez de buscar la razón de ellos en la ausencia de interés y originalidad que padecen los autores.

Eduardo Berges es sin sombra de duda el genuino representante de la lírica nacional. Nadie que no sea absolutamente extraño al teatro ignora las brillantes campañas que viene sosteniendo de cuatro ó cinco años acá en los coliseos de mayor importancia, y que le han valido triunfos ruidosísimos y figurar á la cabeza de nuestros tenores.

Joven aún, y tanto, que puede decirse que todavía está en la primer etapa de su vida artística, Eduardo Berges ha escalado con firme planta el templo de la fama á la edad en que otros apenas si se han iniciado en los secretos del arte. Dotado de facultades excepcionales para el género lírico, hubiera podido ocupar un lugar señaladísimo en la ópera, si á ella se dedicase; pero decidido á no desamparar el arte pátrio, ha preferido á la celebridad europea la reputación nacional; ¿quién sabe si alguna vez habrá cruzado por su mente la idea, digna de aplauso, de ser uno de los elementos sobre que se fonde la ópera española!

Nosotros creemos firmemente que si esa esperanza, que todos acariciamos con placer, no se ha de defraudar, á Berges cabrá parte de la gloria de llevarla á cabo.

En tanto, el tenor favorito de los maestros y el público sigue añadiendo nuevos laureles á su corona y siendo el mantenedor de las más hermosas tradiciones: buen actor y consumado



EDUARDO BERGES



cantante, recorre el repertorio antiguo con el mismo aplauso con que contribuye á aumentar el moderno. *Marina*, *El dominó azul*, *Jugar con fuego*, *Campanone*, *El Molinero de Subiza* y *Los Magyares* le deben su lozana reaparición en los carteles. *La Tempestad* y *San Franco de Sena* la creación de sus protagonistas.

Pero lo que á los ojos de todos, sean ó no entusiastas del género de la zarzuela, eleva la personalidad del célebre tenor, es su entusiasmo por el buen nombre del arte pátrio: un hecho reciente en el mundo musical lo ha venido á demostrar. Viva está en la mente de todos la llegada á la corte de la compañía de opereta italiana, que actuó el pasado año en el Príncipe Alfonso y en el Retiro; su repertorio era de los más escogidos de la escuela bufa italiana, y no es de extrañar con esto que Madrid entero se apresurara á aplaudirla y celebrarla; entre todas las obras, empero, que pusieron en escena ninguna alcanzó el éxito que la opereta de Suppé, *Boccaccio*; y bien lo mereció por la interpretación brillantísima de que la compañía

italiana la adornó. Tantas fueron las ovaciones y entradas que proporcionó, que el empresario de la Zarzuela, comprendiendo el filon que sería después de vendida al castellano, decidió presentarla convertida en obra lírica española. Debía, sin embargo, alcanzar la obra tan lucido desempeño como el que la dió la compañía italiana para que la transformación no rebajara el mérito de la partitura. Entonces probó Berges lo que vale y lo que puede. Si á gran altura rayó la interpretación del original italiano, no rayó á menos la de la versión española: todos los artistas de Jovellanos se esmeraron para sostener con el debido decoro el buen nombre de la escuela nacional, y entre todos descolló Eduardo Berges, demostrando que sus vastas aptitudes le hacen á propósito lo mismo para lo bufo que para lo serio.

Interminable sería seguir relatando los triunfos conseguidos por nuestro tenor: baste decir que *La Tempestad* se sostuvo en los carteles más de cincuenta noches sin que Berges tuviera quien le sustituyera en su papel de protagonista; de igual modo *San Franco de Sena* ha vivido treinta noches no interrumpidas, gracias á la resistencia de las facultades de Berges.

Para terminar, diremos que Eduardo Berges, donde quiera que ha cantado, ha conseguido simpatías y triunfos sin cuento,

y que es el único quizá que ha merecido plácemes unánimes de los maestros y críticos.

Arrieta, Marqués, Chapí, Vazquez, Cabañero, le miran como el indispensable para sus obras.

El fallo del público le ha sido siempre favorable en sus campañas.

Mucho debe valer quien tan completos elogios alcanza.

M. R.

ROSSINI

Hace sesenta años que Rossini tiene el privilegio de arrobar á Europa con su música (1). Puede decirse que con Byron, con Goethe, con Schiller, es una de las cariátides sobre cuyas frentes descansa la gloria de este siglo. No es Rossini de los músicos que sólo tienen una nota, ora alegre, ora plañidera, no; es un génio universal. El ha hecho reír ó llorar á su arbitrio á toda Europa. Él la ha elevado hasta lo

(1) Esta semblanza fué escrita hace más de diez años.

sublime en la plegaria del *Moisés*, ó la ha bajado hasta lo grosero en *La Italiana en Argel*. Él ha recorrido todas las escalas del arte. Si le pedís instrumentación, acordaos de la sinfonía de *Semiramis*; si melodías, acordaos de la serenata del *Barbero*, ó de la canción del sauce de *Desdémona*; si armonías inconcebibles, acordaos de aquel *Guillermo Tell*, donde el protagonista es el coro como en Suiza es el pueblo. Y no sólo tiene todos los caracteres de la música, sino que tiene todos los géneros. Cuando queráis reír, sentir los estremecimientos de una grande alegría, respirar en los aires esa especie de gas sardónico que provoca á la hilaridad, oid la canción de *Papatache* ó el ária de *Figaro* acompañada por la guitarra; cuando queráis llorar, extremeceos como si escucharais la voz de *Hamlet* ó el gemido de *Prometeo*, oid aquel final de *Otelo*, aquella mezcla de cantos melancólicos y tiernos, escapados al pecho de la mártir veneciana, y aquellos gritos salvajes escapados al pecho del africano; si queréis sentir el ardor guerrero, el fuego del combate, el deseo de sacrificaros por estas dos grandes ideas que se llaman la libertad y la patria, oid el terceto de *Guillermo Tell*; y cuando, disgustados del mundo en esos instantes de invocación á la muerte que hay en toda vida, queráis convertir los ojos á la eternidad, entonad la plegaria del *Moisés*, y sentireis en los emistiquios de la Biblia la voz del pueblo escogido, los ecos de las olas del Mar Rojo mezclados con los ecos de las cumbres del Sinaí, y la palabra de Dios tronando como una tempestad infinita sobre todo el Universo. Parece que el hada de la armonía es madre de Rossini. Y nadie diría sino que le parió cuando Dios templaba el órgano inmenso de las esferas, que tiene por registros las estrellas. Suelen echarle en cara algunos críticos que pone á sus obras columnas salomónicas, arabescos, adornos gongorinos, exceso de follaje. Pero es preciso no olvidar que Rossini representa una revolución en la música, y que toda revolución tiene hasta en la esfera del arte sus excesos. La música antigua era demasiado sencilla y precisaba darle variedad. Pero cuando Rossini quiere ser sencillo, es tan sencillo como Bellini; cuando quiere ser natural, es tan natural como Weber. Ha puesto en música uno de los tercetos del *Dante*, y aquella música alcanza un grado verdaderamente sublime. Un hombre que ha innovado en arte tal como la música, y ha conmovido á varias generaciones, y apasionado á todo un siglo, es uno de esos hombres que levantan su frente iluminada sobre el vulgo de los mortales. Cuando tan pocos grandes hombres quedan sobre la hoy estéril Europa, nada más natural que el deseo de apretar la mano á uno de ellos, á uno de los más extraordinarios. Naturalmente, como se había hablado tanto en París del aniversario de Rossini, hallándome yo en la gran ciudad, fui á visitarlo.

Admirable es en Rossini la naturalidad. Me pareció la frente ancha y abultada como urna de la cual fluyera bullicioso raudal; los ojos vivos, chispeantes, pequeños; los labios contraindos por una inteligente y burlona sonrisa; la cabeza, á pesar de hallarse oculta bajo la peluca, modelada para la idealidad y para la benevolencia. Me acompañaba una distinguida dama portuguesa, de un gran talento y de una grande amistad hacia Rossini.

—¡Qué rico Oporto me habeis enviado! la dijo, después de cambiar todos los cumplidos de ordenanza.

—Poco puede valer mi vino si se compara con el que recibís de los reyes.

—En verdad, me ha enviado vuestro rey una caja de botellas y una composición de mú-

sica suya; pero es mejor vuestro vino que el del rey mismo.

—Os presentaré, maestro, le dijo la señora, una sobrina que es dama de honor de la reina Pia, á la cual acompaña en la Exposición. Mi sobrina es la joven más hermosa de Portugal.

—Magnífico, la enamoraré.

—Me felicito, maestro, díjele yo, de veros siempre joven.

—¡Ah! He tenido una horrible pesadumbre. El otro día ha dicho un periódico que había cumplido setenta y nueve años; solo tengo setenta y seis, y es bastante. Me dió tres años de más. Si me los hubiera dado de menos, le mandó en acción de gracias una tarjeta.

—¡Qué os importa el tiempo á vos que poseis la inmortalidad!

—¡La inmortalidad! Es una palabra que nunca he comprendido. Yo doy toda mi inmortalidad por un pavo trufado.

—Me parece advertir en vuestra sonrisa que no creéis lo que estais diciendo. Además, nos pasa á todos que no estimamos aquello que poseemos. ¿Qué mucho que vos no estimeis la inmortalidad?

—Dejé de escribir muy joven, y desde entonces, como todos me han visto retirado, todos me han tenido por viejo.

—Ya hace años que pasasteis por España, para la cual compusisteis el *Stabat-Mater*.

—Lo compuse á ruegos del Comisario de Cruzada Varela. Sus ruegos eran tanto más atendibles cuanto que provenían de un moribundo. Mandéle el *Stabat-Mater* con la condición de cantarlo solamente en su capilla y no publicarlo nunca.

—¿Por qué?

—Porque Pergoleso compuso uno que es la belleza completa, la perfección absoluta, y no quería yo que se me creyese en la demencia de competir con Pergoleso. Luego los testamentarios lo publicaron. Yo no quería ni oírlo.

—¡Qué bella música la música popular española! ¿No es verdad?

—No conozco nada que le aventaje en el mundo, me dijo Rossini. Vosotros sois los músicos de la serenata, y la serenata es la poesía vaga y el amor, añadidos á la música. Las canciones andaluzas son una melodía dulcísima y de una letra por lo general tan bella como la melodía.

Y Rossini, que tenía toda esta conversación conmigo en francés, recitó con puro acento español la siguiente canción nuestra:

Suspiros que de mí salgan
y otros que de tí vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!

—¡Admirable, admirable! grité profundamente conmovido. Atended, maestro. Hace dos años me encontraba yo, por el mes de Agosto, en la Alhambra de Granada. Eran las doce de la noche. Las luces del Albaicín se apagaban, y la campana de la Vela enviaba sus misteriosos y agudos sonidos desde el pardo torreón á la dormida vega. La luna era tan clara que á sus reflejos brillaba el Darro, como si la vía láctea hubiera dejado de caer una de sus cintas de luz sobre la tierra; y se dibujaban los contornos de los pinos del Monte Sacro, y hasta se veía el blanco cenador del Generalife, levantando sus orientales agimeces sobre los bosques de mirto y de laurel, á los pies de Sierra Nevada. Todo parecía dormido. Sólo se oía la vibración de algún grillo, esa especie de violín de los campos. En medio de aquel silencio, sonó una voz de mujer tan dulce y tan melancólica, que parecía salir de las torres bermejas, y expresar la desesperación de alguna cautiva cristiana, presa en el corazón de un moro, y del cual se despedía con estos tristes acentos:

Por tí me olvidé de Dios,
por tí la gloria perdí,
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin tí.

—¡Bellísimo, bellísimo! dijo el maestro. Yo he saboreado mucho la música española. García, el padre de la Malibran, mi amigo del alma, cogía la guitarra y rasgaba sus cuerdas con tal arte y tal calor, que parecía tocar en las cuerdas de mi corazón.

(Se continuará.)

E. CASTELLAR.

MI MAL

SONETO

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz á tu ternura.

Puede explicarse el ansia, la locura
Con que el amor sus fuegos alimenta,
Puede el dolor, la saña más violenta,
Exhalar por el labio su amargura:

Mas de decir mi malestar profundo
No halla mi voz, mi pensamiento medio,
Y al indagar su origen me confundo:

Pero es un mal terrible, sin remedio,
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
Que seca el corazón... ¡En fin, es tedio!

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

LA LIRA SIN CUERDAS

(SOCIEDAD DRAMÁTICA)

Invitado por la sociedad que lleva este título acudí al teatro A... media hora después de la anunciada para dar principio á la función, esto es, á las nueve de la noche.

El patio y la galería estaban ocupados por *Light-life* del barrio de Lavapiés, compuesta de los mondongueros del distrito.

Mientras la orquesta *amenazaba* el entreacto, destrozando la magnífica partitura de Chapí, *La Tempestad*, dos *cabayeros* se trabaron de palabras, y hubieran acudido á las manos á no intervenir la *pareja* del orden, solo porque uno tósio y otro le dijo: ¿Cómo te distingues!

Restablecida la calma, se oyó el sonido metálico de una campanilla rota y se alzó el telón.

La acción de la obra que se *ejecutaba* se suponía desarrollada en el siglo xv; pero la escena, que representaba el interior de una casa de aquella época, estaba servida con sillas de Vitoria y un *buró*. Y no era este solo el anacronismo que se notaba, sino que á uno de los personajes le asomaba el lazo de la corbata por cima de la cota de malla, y además ostentaba en la oreja derecha un cigarro de papel.

Empezada la representación, hubo que oír un picadillo entre la dama y el galán, gallego éste y andaluz aquella, y ambos sin saber de letras; como que habían aprendido el papel de memoria y no se avenían á seguir la dirección del apuntador: primero, por no acceder á sus indicaciones, y segundo, por no entender bien el español; pues el hombre era el francés que afilaba los cuchillos en la plazuela.

No quiero ocuparme del modo de decir de aquellos señores tan poco inteligentes, pues lo que paso en silencio, pueden adivinarlo mis ilustrados lectores.

Y llegó el fin de fiesta, es decir, aquello que tenía pretensiones de tal, y era un duelo general para el arte escénico.

El principal papel lo hacía D. Pepito, y resultaba papel de estraza.

Yo supe que este *quidam* se llamaba D. Pepito porque lo dijo una señora que estaba á mi lado y le conocía mucho. Era un joven necio en el presente y tonto en el porvenir, empleado por necesidad y vividor del sablazo por costumbre.

—¿Qué le parece á V. la cosa? me preguntó don Miguelito. Yo le voy á largar un bombo.

—Pues yo lo que les largaba era una bomba Orsini.

Este D. Miguelito es un joven abogado sin pleitos, secretario universal de todos los centros, primo obligado de todos los hombres importantes, y gacetillero simpático, hasta cierto punto, por su estilo *macarrónico*.

Yo no sé lo que diría de los improvisados actores; únicamente sé lo que digo yo, que la función fué á beneficio de uno que no tenía nada de artista, ni

de familia desgraciada, sino de alguno que buscando parientes encontró primos en todos cuantos habíamos tomado localidades.

En nombre y por amor al arte escénico íbamos á estampar aquí una frase contra ciertas sociedades dramáticas que estragan el gusto artístico; pero se nos ha venido á las mientes la sentencia del sabio.

—Lima dos veces la palabra que ha de pronunciar una tu boca.

M. LOPEZ CALVO.

¡QUÉ OJOS!

De su luz los purísimos destellos encienden y trastornan y arrebatan: quisiera el alma consumirse en ellos, aunque más que agrandar mirando matan. Son los rayos del sol pobres despojos y amortiguan su luz abrasadora, si dulce, encantadora y libre de tenaz melancolía, la joven seductora levanta con amor sus lindos ojos; si los entorna, muéstrase la aurora; si los abre del todo, va es de día. Y son negros, radiantes, expresivos, y al que los mira, quitan fuerza y calma, pues sus rayos se salen fugitivos, llegan al corazón, queman el alma. Si el alma está en los ojos, yo bien creo que la suya ha de ser pura, serena, libre de torpe terreno deseo y de candor y de virtudes llena. ¡No los he visto iguales! Como que son estrellas inmortales. Si, vienen de la altura, y acaso por dar dicha y dar ventura ó por premiar un amoroso anhelo, Dios envió la angelical criatura que presta encanto tal, y tal consuelo, y como sólo allí dicha se alcanza aún no tengo perdida la esperanza de que, cual ángel que es, se vuelva al cielo. ¡Qué rayos, y qué luces! Si parecen luceros andaluces. Ojos bellos, divinos, sois á un tiempo inocentes y asesinos, tanto y tanto seducen sus destellos que anhela el alma consumirse en ellos, y fuera para mí la mayor suerte en sus hogueras recibir la muerte. Un rayo de esa luz, el pensamiento despierta en el cerebro más dormido, y puede hacer que sea en un momento germen de vida, lo que tumba ha sido. Tal vez será ilusión, tal vez locura, mas la viva expresión y la hermosura de esos ojos es tanta, que si miran parece que se rasga opaco velo, o se ven maravillas de algún cielo, y cuando amor respiran me parece que cantan y suspiran. Negros ojos, brillantes, habladores, yo no sé si pediros más fulgores, mas vida, mas destellos; si el alma quiere consumirse en ellos será mi mayor suerte en sus hogueras encontrar la muerte. Muerte, muerte querida, por ser más dulce que la misma vida.

GRACIA-VAO.

Nuestro querido compañero de redacción don Francisco Arechavala ha tenido la desgracia de perder á su buena y cariñosa madre. Este rudo golpe, que viene á desgarrar de nuevo la herida producida en su alma por el fallecimiento de su querido padre, que pocos meses há bajó también al sepulcro, pone á prueba una vez más la resignación y fortaleza de nuestro infortunado amigo.

La Redacción de LA ESCENA toma en esta desgracia la parte principalísima que la amistad la impone, y suplica encarecidamente á sus lectores rueguen á Dios por el alma de la finada.

Las oraciones y las lágrimas son el consuelo de los atribulados.

SEMANA TEATRAL

TEATRO REAL. La benemérita empresa ha discurrido, en su afán de dejar disgustado á todo el mundo, sortear entre los turnos del abono la función régia que ofrece, por el dinero por supuesto, al príncipe imperial.

¿Si será dadivosa la tal empresa?

¿Y si tendrá acierto?

Porque lo lógico era ó dar una función de convite, ó ponerla fuera de abono.

Pero así se disgusta á todos, se enajenan simpatías y rueda la bola.

TEATRO ESPAÑOL. Como era de *Carne y hueso*—el drama de Colorado—ha tenido un fin cuitado,—muriendo por propio peso.—Ni quito ni pongo nada—en este semi-fracaso,—pero creo muy del caso—una observación fundada.—Cual pasó en la redención,—así sucedió aquí, hermanos;—todos pusieron sus manos—en la misera función.—Entre unos y otros actores—el drama á la ruina vino,—hizo el autor mal camino,—y se lució en sus primores.

Después de quitado el drama,—para no exponerse más,—se acogen á *Don Tomás*,—obra que da oro y fama.—Esa es, actores, la senda—que debéis seguir ansiosos,—los dramas son muy costosos—y ahí no hay quien los defienda.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Está en los últimos instantes de su vida coreográfica, y ya ha apelado á la rebaja de precios y á los intermedios cómicos. Mala campaña fué esta, señor D. Paco.

Dios ponga tiento en sus manos para la que va á comenzar.

TEATRO DE APOLO. Ha entrado en el período de descanso. Con la obra *Catalina* ha hecho su debut en él el tenor Marimon, que ha gustado al público. *Los Diamantes de la Corona* vuelven á la escena: sean bien venidos.

TEATRO DE LA COMEDIA. Aunque el Carnaval se halla—un poco lejos ahora,—la empresa puso en buen hora—los *Dominós* de batalla.—Y el público corre ansioso—á aplaudir á los actores,—que son hoy de los mejores—y honran el arte glorioso.—Adelante, pues, y siga—el éxito en el teatro,—ya quisieran más de cuatro—conseguir lo que él consiga.

TEATRO LARA. ¡Con qué regocijo vamos hoy á tratar de lo sucedido en este teatro! El estreno de *Tiquis-miquis* desarma nuestros brazos, siempre dispuestos al palo justo; nuestras manos hinchadas de tanto aplaudir cogen la pluma para trazar elogios tan grandes como merecidos, y apenas si el entusiasmo nos deja espacio para decir otra cosa que ¡Bravo! ¡bravo! ¡Eso es hacer comedias, Sr. Aza! Aquella naturalidad es la que se pide hoy para la escena. Aquella ternura, ajena á las cursis sensiblerías de otros autores, es la ternura que debe resplandecer en las obras dramáticas. Aquel lenguaje sencillez, culto, chispeante, es el lenguaje que habla el legítimo ingenio. No hay en *Tiquis-miquis* enredos ni *quid pro quos*, ni chistes verdes, y sin embargo, la comedia resulta delicada, hermosa, tan delicada y hermosa que tal vez de algunos años á esta parte no se haya escrito cosa parecida dentro del género. Ahora bien, Sr. Aza, el que escribe *Tiquis-miquis*, ¿por qué no emprende la tarea de trazar una comedia en tres actos? Créanos el autor de *Las Codornices*; su última producción revela que su talento es capaz de las más dificultosas empresas. En cuanto á la ejecución, no nos atrevemos á elogiarla. Baste decir que hoy por hoy no vemos en Madrid conjunto más igual que el ofrecido por los actores de Lara en el desempeño de *Tiquis-miquis*. ¡Es natural, si han sido todos ó casi todos compañeros de Mario, el primer director de escena que tiene España! ¡Bien, bien, Valverde, Abril, Mavillard, Zamacois y Rabio!

CIRCO DE PRICE. Llegó *Fatinitza* tan esperada desde que se inauguró la temporada. Como aún no se ha quitado el polvo del camino, no podemos decir cuáles son sus perfecciones: cuando se halle aclimatada entre nosotros, veremos quién es y lo que vale.

TEATRO DE ESLAVA. Aquí se dan millonarios,—pero se dan en la escena,—y esa costumbre no es buena—aunque pase en escenarios.—Porque se abre el apetito—de muchos espectadores,—y puede darles, señores,—por cometer un delito.—También se anuncian aquí

—parodias que pondrá Flores,—que es entre muchos autores—de los buenos porque sí.

TEATRO DE VARIEDADES. Los procesos están á la orden del día. Pero el de Variedades es inofensivo, porque sólo trata de formar causa al *sainete*: y los sainetes están condenados, cuanto más procesados, há tiempo. Desde que los juguetes y arreglos tomaron carta en España, el sainete huyó.

Y eso que es lo nacional y glorioso.

TEATRO MARTIN. Ya teníamos tutes de caballos, y ahora los tenemos de reyes: ¿si concluirá éste teatro por ponerse á jugar á la brisca? De todos modos, no faltará quien le acuse siempre las cuarenta.

TEATRO DE MADRID. Al fin resucitó, gracias mil demos—al Señor por favor tan señalado,—el arte teatral está salvado,—un himno de alabanza entonaremos.

DON PRECISO Y COMPAÑIA.

LA NOCHE FELIZ

La noche está agonizando y la aurora está naciendo, la dicha se va acabando, los placeres van menguando, y las sombras van buyendo.

El día empieza á lucir, el sol empieza á brillar, y el mundo empieza á bullir, y á revolverse y á hervir como las olas del mar.

La fugaz noche sombría mis placeres presenció, y en su niebla espesa y fría gocé la dulce alegría que la aurora disipó.

Los espacios se ocultaban tras las tinieblas del cielo, que poco á poco aumentaban, y al aumentarse prestaban negrura y tristeza al suelo.

En tanto mi tierna amante posaba su rostro, ardiente, descompuesto, delirante, sobre mi abrasada frente, sobre mi boca incitante;

y entre ilusiones de amor y oleadas de placer, en nuestro febril ardor olvidamos el deber, la vida, el mundo, el dolor!

Quedo la sombra extinguida, la aurora empezó á lucir, y ya la dicha perdida, nos lanzamos á esa vida que nos enseña á sufrir.

LICENCIADO FRANQUEZA.

SAINETES

Lo más notable de cuanto hemos leído esta semana ha sido una revista de la función dada en el teatro Real, en honor del príncipe alemán.

Se ha publicado en un periódico, que casi, casi, no se ocupa más que de ligas.

El autor de la tal revista nada tiene que envidiar á Munilla, el de las *auríferas sonrisas* y el de los *prolegómenos del frío*.

Vean VV. lo que dice el original revistero:

«Había más luz que de ordinario, y luz eléctrica, que parecía propiamente del mismo Mediodía. Y á sus fulgores, plumas rosa, azul y blancas lucían su color suavísimo, y los brillantes descomponían la luz en colores, como la ilusión convierte en alegrías la realidad.»

No se podrán VV. quejar del estilo. Parece de algún drama de los de ahora.

Después dice:

«Y más que las flores, las plumas y las joyas, lucían las bellezas, libres de inoportunas (eso, eso, inoportunas) gasas el seno (cuidado), desnudos los hombros, mostrando todos los encantos de la línea curva (¡pero hombre!), la línea de la *estética*, de las suavidades de los contornos que inspiran ideas de color de rosa.»

Qué lindísimo es todo esto.

«Las joyas, resplandeciendo sobre las *carnes blancas* (allá va el símil) parecían gotas de agua de una lluvia de primavera (de primavera había de ser), mojado el mármol de bellísimas estatuas.»

Y ya ven VV. las aficiones de este escritor, que baraja *senos sin gasas*, *hombros desnudos*, *encantos de la línea curva*, *carnes blancas*, y todo iluminado por una luz *propadamente* del mismísimo Mediodía.

Luego tal vez diga que es romántico.

Muy bien por el aprovechado discípulo de Zola.

Los que hayan asistido á las representaciones de *San Franco de Sena* habrán podido observar que en

el tercer acto aparece en escena un pollino (con perdón de VV.), muy prudentito, porque ni siquiera ha cantado una vez, como indudablemente sabrá hacerlo.

En una de estas representaciones oímos un curioso diálogo entre una señora y su hija.

—Mamá, mamá, decía la niña; fíjate en cómo mira el pollino.

Y la mamá, que no debía estar muy á gusto con Fernandito, el novio de la joven, contestó:

—Sí, hija, sí; ¿y á que no sabes lo que observo?

—¿Qué!

—Que se parece mucho al impertinente Fernandito.

—¡Mamá, por Dios!

—Por lo ménos, para algo más sirve ese actor de cuatro piés, que el muñeco que te hace el coco, pues si quiera aquel ganará algo, y lo que es Fernando no gana más que grados para llegar á ser lo que ese.

Y señalaba al asno (así se llama).

Observa, lector cortés,
que hay algunos señoritos
que debieran, pausaditos,
caminar en cuatro piés.

El gran poeta D. Ramon Campoamor ha terminado un poema, que llevará por título *Como rezan las niñas*.

Si el autor inspirado
de las *doloras*
nos cuenta como rezan
las niñas todas.
Mucho me temo
que diga de las niñas
poquito bueno.

Porque son tan devotas
nuestras mocitas,
que por amor tan solo
van siempre á misa.
Y es ya creencia
que el santo á quien adoran
queda á la puerta.

Apenas traducida la obra de Dumas *El Demi-monde*, ya se anuncia otro arreglo.

Pero, por Dios y el arte, ¿cuándo nos dan los autores obras originales en vez de copiar?
Miren VV. que el teatro lo pide con mucha necesidad.

Un bombo y una censura.
El eminente actor D. José Valero ha recibido del Sr. Ministro de Fomento la comisión de reunir los datos y noticias que pueda respecto de los autores y actores más eminentes: como retribución por dicho trabajo se le ofrece una pensión anual de cinco mil pesetas.

Aquí encaja el bombo, en la segunda parte: nos place que un actor como Valero reciba alguna recompensa, aunque esta sea mezquina como la actual. Por tal disposición, pues, unimos nuestra enhorabuena á la de los amantes de las glorias nacionales. Pero, y ahí va la censura, no aprobamos el pretexto de la pensión.

¿No sería preferible darle esa suma como recompensa verdadera á Valero, sin gravarle con trabajo alguno? Eso sería generosidad castellana.

Y ya que esto no se quiera; ¿no se ha hallado otra ocupación más en armonía con la historia de Valero? Sin ofenderle, creemos que las letras y el papel de cronista no es el fuerte del eminente actor. Mejor fuera, pues, que se le confiara la dirección del coliseo clásico, que buena falta hace un director, y cuando no la educación artística de los jóvenes que á la escena se dedican. O ¿es que estamos tan ahitos de actores buenos que no necesitamos ninguno para el porvenir?

¡Oh país de las vice-versas, yo te saludo y te admiro!

En esta nación altiva
todo se cambia y malea,
y así una pensión se crea,
al actor para que escriba
y al autor para que lea.

Copiamos de un diario:

«*La Marsellesa* es acogida en Novedades con aplausos y la marcha real oída con respetuoso silencio.»
Percances de la música.

La empresa Ducacal ha anunciado para el 1.º de Diciembre próximo la inauguración de *L'Assommoir*, que ha alcanzado en París ¡¡setecientas representaciones!!!

Compare, eche usted jigos, digo representaciones.
¡Si habrá afición al vino en París!

Por supuesto que aquí no se darán setecientas veces, pero en cambio hay setecientas tocayas de la obra de Zola.

En Variedades se ha puesto en escena *El proceso del sainete*: ya teníamos el *Proceso del can-can* y ahora este del entremés.

Al leerlo me embeleso,
porque espero otro proceso
de los malos traductores,
y francamente, señores,
me temo más de un exceso.

REGALOS DE LA SEMANA

(Continuación.)

A D. Julio Ruiz, un hábito de fraile penitente.
A D. Vital Aza, unas botas con tacones altos.
A D. Alfredo Maza, un libro titulado *Teoría del movimiento continuo*.
A D. Miguel Echegaray, un asunto bueno y bien planeado para escribir una comedia.
A D. Francisco Arderius, un proyecto de *regeneración del arte español*, al frente del cual figuran las fotografías de los clowns Martinettes.
A D. Juan José Luján, un tarro de *La recalcitra arábica*.
A D. Leopoldo Alas, una buena intención.
A D. Leopoldo Cano, la presidencia de una comisión encargada de festejar al crítico Clarín.
A D. Felipe Ducacal, una carga de hachas de viento para las ocasiones.

(Se continuará.)

DICHOS

La penitencia también tiene sus descansos.

(E. BERGES)

El talento todo lo transforma, hasta el *Tiquis-miquis*.

(V. AZA)

Todos queremos ser Calvos.

(J. ALTARRIBA)

Ya llegó mi ideal: ver el teatro convertido en taberna.

(UN ALUMNO DE BACO.)

¡Oh, *Fatinitza*! ¿Serás también *Mascota*?

(LA EMPRESA MASCOTIL)

¡Tute de reyes!... Me escamo... juego en puerta.

(UN EX-GOBERNADOR.)

¿Cómo degeneran las razas!

(CÓMICOS)

Por la copia,

El jefe de Chozizos y Bolacos.

CANTARES

Las hojas de los árboles
y los amigos
brotan en el buen tiempo
por todos sitios;
y amigos y hojas,
cuando el mal tiempo llega,
nos abandonan.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

Morenita es la que adoro
y abraza con sus luceros,
como no ha de ser morena
teniendo tan cerca el fuego.

MELIBRO.

PENSAMIENTOS

No hay decoración que iguale á las grandes concepciones,
ni luz eléctrica que brille, como brilla una idea.

CASTELAR.

La gloria en la humana vida
es cual la dicha anhelada,
de todos apetecida,
y de pocos alcanzada.

Niña, no con las pasiones
pienses que la dicha alcanzas:
los humanos corazones
van engendrando ilusiones
al ir perdiendo esperanzas.

A.

FOTOGRAFÍA

Con mil célebres actores
que llora la patria escena
alcanzó palmas y loores,
y es uno de los mejores
que hoy hay de la escuela buena.
Su cabeza encanecida
aún lleva frescos laureles,
y su nombre en los carteles
es garantía cumplida
que alienta á los más infieles.

DAQUENNE II.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN Á LA DEL NÚMERO ANTERIOR

No pisa nuestro escenario
con un talento más vario
otro más célebre actor;
ni hay quien dirija mejor
que dirige *Emilio Mario*

FATINITZA

Opereta alemana en tres actos, original del maestro Suppé.

PERSONAJES: *Fatinitza*, Olga, Zorayda, general Kri-Kra-Kroff, Ali-Pachá, capitán Basseli, Samuel, periodista francés, sargento, Namsú, cosacos, cadetes, odaliscas, genizaros y acompañamiento. Coro general.

El primer acto se verifica en Crimea durante la guerra turco-rusa y á la vista de una ciudad sitiada por los cosacos. —El segundo en el harem de Ali-Pachá. —El tercero en casa del general Kri-Kra-Kroff en las cercanías de San Petersburgo.

ARGUMENTO

En el acto primero aparecen los soldados rusos y cadetes entregados al bullicio y la algazara, por haberse pactado una tregua con los sitiados; para solemnizarla el sargento decide dar una función dramática, y á falta de damas que desempeñen *La bella molinera*, que así se llama la obra, ofrece el papel de Duquesa al teniente Ivan, simpático joven de aspecto hermoso, que ya, según refiere á sus compañeros, se disfrazó de dama en un baile para mejor acercarse á la bella Olga, de quien está enamorado. Esta aventura le fué fatal, porque encendió con sus gracias una violenta pasión en el general Kri-Kra-Kroff, tío de Olga. Cuando todos, incluso un periodista francés, que sigue el cuartel ruso, se disponen á dar la función, llega Kri-Kra-Kroff, nombrado recientemente jefe de las tropas. Furioso el general porque no salieron á recibirle, determina castigar á los soldados; pero Ivan, que ya se había vestido de dama, y que resulta ser la *Fatinitza* del baile, ruega al viejo militar los perdone, y él por amor de ella lo hace. En pos del general viene Olga, conducida en trineo, y al ver á Ivan, á quien cree mujer, la expresa su satisfacción por el encuentro. Cuando Olga, *Fatinitza* y el periodista se entregan á contar sus impresiones, los genizaros turcos hacen una salida y aprisionan á las damas, terminando con esto el acto primero.

En el acto segundo las odaliscas del harem de Ali Pachá lamentan su suerte desgraciada: Ali, que acaba de llegar de París, les hace saber que ha determinado disolver el harem y vender las esclavas, como ya lo ha anunciado por carteles en la ciudad. Las odaliscas se enfurecen, y mucho más la sultana Zorayda, favorita de Ali y antigua esposa de Kri-Kra-Kroff. Cuando se dispone á llevar á cabo el proyecto, el judío Samuel le propone la compra de dos cautivas bellísimas, que son Olga y *Fatinitza*. Resístese Ali, pero subyugado por los encantos de Olga acepta y manda que la traigan galas correspondientes á su rango, pues será la sultana. En tanto que Olga se adorna con el traje, *Fatinitza* la ayuda y la declara la pasión que por ella ha concebido, y que ha sido la causa de tomar el disfraz; prométele también protegerla, y obtiene de ella correspondencia á su pasión. Entrán las odaliscas, y se sorprenden de ver allí dos mujeres. *Fatinitza* las revela su verdadero sexo, y aunque ellas resisten creerlo, asienten al oír el juramento que él hace. Ivan y Olga las proponen escaparse, y así lo deciden. Recibe Ali la visita del periodista, que viene á rescatar á Olga é Ivan: Ali no accede á la compra de Olga, y como le seduce, sin embargo, la idea del lucro, decide engañar al comprador y darle Zorayda y *Fatinitza* en vez de ésta y Olga. El periodista conoce el cambio por revelación de Namsú, que está enamorado de la sultana y jura vengarse. Ali ofrece á su huésped una fiesta con asistencia de las odaliscas: la fiesta es la representación animada de los *Amores desgraciados* de Zaida y el cautivo: en el foro aparece el cuadro exacto de la aventura y muerte de Zaida. Cuando están todos emborrachados en la representación, llega Kri-Kra-Kroff al frente de los cosacos, liberta á las esclavas y cautiva á Ali-Pachá. El acto acaba con una canción guerrera.

El tercero y último de la opereta es el desenlace de las aventuras de Ivan, por otro nombre *Fatinitza*. Kri-Kra-Kroff decide obsequiar á los cadetes que se han portado tan bravamente en la guerra: al mismo tiempo, para más obligar á *Fatinitza*, de quien recibe frecuentemente cartas, quiere casar al hermano de ella con su sobrina Olga. El periodista, antes de partir para Francia, pues la guerra ha terminado, viene á despedirse del general, y le cuenta, para prepararle, la pérdida de *Fatinitza*: el general no lo cree, porque las cartas que de ella tiene le hacen esperar la venida de su amada. Vuelve Ivan del palacio del Czar, á donde había sido llamado, y es presentado como hermano de *Fatinitza*: al ver á Olga entrégase á los trasportes de la pasión y jura adorarla siempre. El general, al verle, le abraza y le hace saber que ha decidido casarle con su sobrina; pero que él se casará con la hermana de Ivan. Verifícase el enlace, y á la salida de la ermita Ivan le descubre el engaño y la causa de él, que es su amor por Olga. É implora el perdón de sus mentiras. Kri-Kra-Kroff al fin accede al perdón, y al par recibe la visita de su primera esposa, que es la que ha escrito las cartas que se juzgaron de *Fatinitza*; Zorayda, la esposa fugitiva, le presenta también un ukase ó orden imperial, en la que se ordena que Kri-Kra-Kroff se una á su consorte: éste, perdido ya la esperanza de amar á *Fatinitza*, que solo existe en su imaginación, se conforma, y con esto termina la obra.

MADRID.—Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.